



"La Nación", Buenos Aires
5 Julio 1914 4-19

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

¡HORROR AL TRABAJO

(PARA LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1914.

«L'Espagne au XXe. siècle—Étude politique et économique». Así se titula una obra de Angel Marvaud publicada el año pasado por la casa Armand Colin. Es un libro de más de 500 páginas, todo él lleno de noticias y de datos estadísticos, noticias y datos tomados, en su casi totalidad, de fuentes españolas. Los datos y las noticias son, en general, exactos, a pesar de lo cual no me atreveré a decir que la obra en conjunto nos dé una impresión muy exacta de la realidad.

Sabido es, en efecto, que el más sutil medio de engañar consiste en acumular pequeñas verdades, pero siempre vistas desde un punto de vista. Una acusación fiscal puede tejerse nada más que con hechos comprobados y con hechos comprobados también un alegato de defensa, y nada más engañador y engañoso que la estadística.

Y el que M. Marvaud haya acudido a fuentes españolas no da mayor realidad a su estudio. Desde hace años en España nos dedicamos los publicistas, con el santo propósito de despertar y excitar a nuestro pueblo, a exagerar sus males. Y no se debe tomar demastado al pie de la letra nuestras pedagógicas acusaciones.

Y aprovecho esta ocasión para decir a los que me reprenden—españoles, por supuesto—el que alguna vez diga aquí cosas de que puedan servirse contra el buen nombre de mi patria los mentecatos o los malévolos que andan buscando cinco pies al gato, para decirles que por encima del amor a mi patria pongo mi amor a la verdad y que es éste el que me ha hecho indignarme más de una vez contra las leyendas que a cargo de España corren, y que mis defensas de la verdad, cuando sirven a mi patria y mi pueblo, caen por su propio peso.

pueda desacreditarnos. Y en cuanto a la interpretación que pueda darse a mis escritos, ruin será quien los interprete rudnmente.

Y vuelvo al libro de M. Marvaud. El cual, aunque muy parcial y escrito por un extranjero que al recorrer nuestra España se ha puesto unas gafas negras de fabricación española, que en España se venden y que los más de los publicistas españoles también nos las ponemos, no deja de contener dolorosas verdades. Y de una de ellas quiero decir hoy algo.

En el capítulo V del libro II de su obra, al hablarnos Angel Marvaud del subsuelo de España, de su riqueza minera, encarecida ya por Estrabón, y de la variedad de metales que guarda en sus entrañas nuestra tierra, escribe:

«Apenas hay que añadir, por desgracia, que en este campo, como en todos los demás, España no ha emprendido jamás gran cosa de provecho. El dinero, la organización, la mano de obra y sobre todo la constancia, han faltado casi siempre. El ejemplo de las compañías extranjeras, constituidas en vista de la explotación de esas riquezas mineras y un gran número de las cuales han llegado en pocos años a realizar beneficios importantes, muestra bastante, sin embargo, qué ventajas sacarían el tesoro y el país todo entero de poner en valor, de un modo metódico y razonable, el subsuelo de la península.»

Dejemos pasar eso de las compañías extranjeras, porque ni todas las minas españolas, ni mucho menos, están explotadas por tales compañías extranjeras, ni las que lo están lo están mejor que las explotadas por compañías nacionales. Lo de la mayor capacidad y aptitud técnicas de los ingenieros y los administradores extranjeros es, un viejo mito que la experiencia está deshaciendo en España. Prosigamos.

«Por el contrario—sigue diciendo M. Marvaud—lejos de favorecer estas empresas, la administración y los particulares, durante largo tiempo, han estorbado de mil maneras toda tentativa de explotación. Es aquí donde aparecen mejor los defectos de la raza, sostenidos y considerablemente agravados por una deplorable política.»

No digo que no haya algo de verdad en este juicio, pero hay que tener en cuenta también las pretensiones de esas compañías extranjeras a que M. Marvaud se refería, que toman a España como a país conquistado y quieren permitirse aquí, lo mismo con los obreros que en otros respectos, libertades que no les tolerarían en sus propios países. Una cosa es facilitar al capital extranjero la explotación de aquellas de nuestras riquezas que no estamos aún en disposición de poder explotar, y otra cosa lo que el capital internacional, el capital sin patria y sin entrañas, pretende hacer en los países que no saben defenderse. Y es mejor una relativa pobreza, acompañada de la independencia, a una engañosa prosperidad que se adquiere vendiendo el alma y hasta la libertad. ¿Y por qué se vende ésta?

Ahora viene lo doloroso, y es el párrafo que sigue. Dice así:

«El español sabido es que nace jugador y no aguarda su fortuna lo más a menudo sino de un azar. Desde que se sospecha que una tierra encierra alguna mina—y, como hemos dicho, una gran parte de las tierras del reino se hallan en esta condición—un personaje bien relacionado o simplemente en connivencia con un «cacique» se hace otorgar, en debida forma, la concesión de la futura explotación. Poco importa que no tenga nada con qué hacerla valer. El concesionario no tiene nada que pagar—al menos oficialmente—y de ordinario ni tiene intención de explotar su mina. Aguarda sencillamente, con su título de propiedad en la mano, a



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.UALES



que un sindicato o una compañía de explotación venga a presentarle ofertas de compra. Pero sus pretensiones suelen ser tan exorbitantes que lo más frecuente es que el comprador, si se presenta, se vea obligado a retirarse y que la mina quede inexplorada. Así es como en 1888 había en España 16.987 minas conocidas y concedidas, de las cuales sólo 2278 se explotaban, y por lo demás, en su mayor parte, de una manera muy imperfecta!».

Dejemos el que la mayor parte de esas minas que no se explotaban no era por reservarlas al agio, sino por ser inexplorables. Porque, en efecto, hubo en España el furor de denunciar minas y se obtenían concesiones de yacimientos que no podían rendir a ninguna forma de explotación. Mas aun teniendo esto en cuenta, queda siempre una dolorosa verdad: la del que obtenía una concesión de propiedad minera no para explotarla sino para especular con ella. Es un tristísimo hecho el de nuestra afición al agio, al juego de azar, a la lotería y a la bolsa.

«L'espagnol, comme on sait, est né joueur et n'attend le plus souvent sa fortune que d'un coup de dé». El español nace jugador, como es sabido, y lo más a menudo no aguarda su fortuna sino de un golpe de dados. ¡Como es sabido! ¿No es bochornoso que pueda escribirse eso de nosotros? (Por supuesto, no sólo de nosotros, pues en esto creo que nos ganan, y nos dan ciento y raya, los descendientes de aquellos de nuestros antepasados a quienes sus almas de jugadores les llevaron a cruzar los mares en busca de la fortuna del azar). El español suele preferir el juego al trabajo. Y como he dicho cien veces, y diré, si Dios me da vida, mil veces más, hay quien por no trabajar pasa trabajos y se juega la vida, como el torero, por hacer una fortuna rápida que no le exija pertinacia y constancia.

Recorriendo esta mi querida tierra patria he podido comprobar los terribles efectos en el alma del pueblo, en el espíritu de la casta, de ese innoble y embrutecedor vicio del juego, la principal causa del bajo nivel intelectual y moral de algunos de nuestros pueblos y aun algunas de nuestras regiones. Me atrevo a aseguráros que el jugador tiene la inteligencia más degradada que pueda tenerla el borracho, y en cuanto a lo moral antes espero un acto de sacrificio de un alcoholizado que no de un jugador. No resisto la conversación con un jugador. El alcohólico—y cuenta que yo no bebo sino agua,—cuando tiene despejada la cabeza puede ponerse a leer un buen libro o a contemplar un cuadro o una estatua o a oír una sinfonía; pero el jugador, ¿cuándo tiene despejado el ánimo para elevarlo a alturas de arte o de pura contemplación? Y sin duda que más robos y más homicidios y hasta asesinatos hay que cargar a los dados o la baraja o la ruleta que no al aguardiente o al vino. ¡Y el vino mismo criminal suele serlo al servicio del juego!

Y no es acaso el juego más degradante ese juego casi secreto, vergonzante, del garito y la chirlata; es peor el juego público de los valores públicos, la ignominia sancionada de la Bolsa y el agio. Porque es realmente ignominioso el que los grandes sucesos públicos, las vicisitudes de una guerra, se pongan al nivel de una carrera de caballos. Y por aquí, y no por otra parte, es por donde entra la mayor gangrena a la política. A esa política de financieros que es el abismo de la más horrible inmoralidad. ¿No hemos oído muchas veces de crisis ministeriales, de medidas de gobierno, hasta de revoluciones y de guerras que deben su origen no más que al deseo de provocar una baja, o bien un alza, en los valores públicos? Baja o alza puramente ficticia de ordinario y que en nada altera los dividendos de los tenedores que no juegan con los valores que poseen.

He conocido un pueblo que se enriqueció rápidamente, se embriagó con este su rápido encumbramiento y se dedicó con verdadera furia al agio y a la especulación. Y fué como un terrible vendaval que sobre él pasara. Hombres que parecían, y acaso hasta entonces fueron honrados y serenos, dejáronse ganar por aquella epidemia de locura y llevaron a sus familias a la miseria y ellos cayeron en el deshonor. Lo vi de cerca. Y he visto luego a los héroes de un día, a los que dominaban el mercado de la Bolsa, arrastrar luego una vida obscura lejos del teatro de sus hazañas. ¡Y cuántos crímenes!

No, allí nadie se engañaba, se decía. El que compraba a 10 para vender a 12 sabía que no valía los 10 tanto como el que se lo vendió, y el que le compraba a 12 para vender a su vez a 14 o a 16 tampoco se engañaba. Todos estaban en el secreto, y acaso vendedor y comprador sabían bien que ni siquiera existía la cosa comprada y vendida. El mismo mono se ahoga, y allí se iba a

ver a quién le tocaba hacer de mono último. Y al fin se vió que todos, en conjunto, habían perdido, y que no hay juego más peligroso que el de jugar con el crédito. ¡Y cuando éste se pierde cuesta tanto recobrarlo!

Y el fondo de esa pasión del juego, y en el juego, cuento el agio y la especulación del crédito, ¿cuál es? Pues no es sino haraganería, haraganería, haraganería y haraganería. El jugador, de cualquier clase que sea, de monte, de ruleta, de bacará, de carreras de caballos, de Bolsa, de lotería, de minas inexploradas, de terrenos, no es sino un haragán. Juega por no trabajar. Y por no trabajar, lo repito, pasa trabajos. Su actividad es un puro engaño. Y lo que llaman el talento del jugador, esa especie de baja imaginación que inventa combinaciones bursátiles o de otra clase, esa aparente viveza del agiotista, es una de las cosas más tristes y más pobres que puede poseer un hombre. Y desde luego algo antisocial. El que lo posee puede lucrarse con semejante talento, como puede lucrarse





un hábil estafador, pero a expensas de su pueblo y retardando su progreso moral, su progreso intelectual y hasta su progreso económico.

Es una característica de los pueblos bárbaros y salvajes su ciega pasión por el juego de azar. Su mentalidad no les permite más.

Si a un jugador de sangre, o de raza, que es capaz de estarse horas y más horas, durante días y más días, sobre el tapete verde, le demostráseis, de modo que no le quepa duda, que dedicando a diario un número moderado de horas a un trabajo normal y metódico llegaría a fraguarse una fortuna tan grande o mayor como la que al azar pide, es casi seguro que no abandonaría su vicio. Es que no juega para ganar dinero, sino que quiere el dinero para jugar—se le dirá;—es una especie de artista que juega por el juego mismo, por las emociones que éste le procura. Algo de esto habrá, pero hay mucho más de que no es capaz de trabajar, de que ni su voluntad ni su inteligencia soportan el trabajo regular.

La explicación podrá parecer a alguien demasiado infantil y más propia de un moralista, o aun más bien de un tedioso y adusto predicador que de un sociólogo—¡oh, los sociólogos!—pero os aseguro que cada vez encuentro más cosas explicadas por nuestro horror al trabajo, al verdadero trabajo, horror que nos lleva al juego y a los falsos trabajos, a los trabajos hipócritas y aparentes.

Es el horror al trabajo el que nos lleva a cumplir el que nos está encomendado no más que por cumplir, de prisa y corriendo, y es el horror al trabajo el que nos hace odiosa y tediosa la soledad.

No sabemos aislarnos porque no sabemos trabajar. Esa terrible emigración de los campos a las ciudades, ese despoblarse aquéllos para congestionarse éstos, el mal del ausentismo, ¿qué es sino horror al trabajo? Hay quien prefiere arrastrar una vida pesada, más bien muriendo que viviendo, pero en una ciudad, durmiendo al sereno en los bancos de sus parques y paseos, a pasarlo sin miseria en medio de la campiña, pero casi solo y sin tener con quien jugar y charlar.

Y si nuestra clase de ricos propietarios de tierras se aburre en éstas y las abandona a colonos o a dependientes paseando en automóvil su aburrimiento o derrochando sobre el tapete verde el fruto del sudor de otros, es por mala, por pésima educación. No saben vivir consigo mismos, no saben llenar la soledad—¡una soledad relativa, por supuesto!—con un trabajo que verdaderamente lo sea. El horror a la vida de campo es el horror al trabajo.

Conozco más de un pobre hombre, pobre de espíritu, no de dinero, que cuando sus intereses le obligan a recluírse algunos días en alguna de sus fincas situada en la campiña, lejos del ajetreo y el compadreo de las ciudades, no sabe cómo matar el tiempo y se de-

dica en sus horas de ocio a hacer solitarios con los naipes de la baraja. Ni le entretienen los libros, ni la música, ni sabe dibujar ni modelar. Es defecto de educación en gran parte y es en mucha mayor parte espíritu de vagancia y de ociosidad. Que esto es la desgracia mayor que puede caer sobre un hombre y sobre un pueblo.

Y hay algo más en el fondo de esa aversión al trabajo, al verdadero trabajo, que nos lleva a buscar en el juego una rápida y azarosa fortuna; hay algo que radica en lo más entrañado del alma, en nuestro sentimiento y nuestra concepción del valor y la finalidad de la vida humana. No basta que un hombre o un pueblo se propongan enriquecerse, tengan ambición de fortuna, para que cobren amor al trabajo y sentido de él, ¡no! No trabaja más ni mejor el que sólo trabaja para enriquecerse, para hacer fortuna. No han sido los más útiles trabajadores los que no han puesto en el trabajo sino el ansia de hacer fortuna. No son las obras más duraderas las que se han hecho por el salario o por el estipendio.

Pero esto me llevaría a otro terreno en estas mis, acaso en exceso, errabundas reflexiones. Tiempo tendré de volver sobre ello. Y para concluir por hoy cónstele al lector que si he tomado ple de un duro juicio que un escritor francés hace sobre mi pueblo español, debo declarar que siendo el suelo que este mi pueblo cultiva más pobre que otros suelos, nuestros defectos resultan más de bulto, pero no son mayores que en otros pueblos. Es más terrible la ociosidad del rico que la del pobre, aunque ésta resalte más.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S